

Ivan Illich o el aprendizaje desinstitucionalizado

Jon Igelmo Zaldivar

Investigador postdoctoral Juan de la Cierva-incorporación. Universidad de Deusto

jigelmoza@deusto.es

Cuadernos de Pedagogía, Nº 473, Sección Monográfico, Diciembre 2016, Editorial Wolters Kluwer, ISBN-ISSN: 2386-6322

Las tesis desescolarizadoras de Ivan Illich suponen uno de los frentes de crítica más contundentes que enfrentan las instituciones educativas modernas. En su obra encontramos algunas claves para desmontar y diseccionar las certezas que configuran el discurso educativo moderno. En este artículo se realiza un acercamiento a la noción de aprendizaje, parte del pensamiento de este autor. Desde esta perspectiva, su obra es una referencia importante para quien busca, en la actualidad, explorar las posibilidades de aprendizaje que hay más allá de las instituciones escolares.

La segunda mitad del siglo XX fue el escenario de la batalla por el relato de las instituciones educativas en las sociedades modernas. El siglo XXI se atisba como el campo en el que tendrá lugar el enfrentamiento por el discurso educativo.

De la misma forma que hace cincuenta años el impacto que las instituciones educativas tenían sobre amplios sectores de la población acaparó el debate pedagógico, en la actualidad no son pocos los frentes que apuntan con su mirada crítica al discurso de la educación. Un discurso que encajaba a la perfección dentro de las certezas de la modernidad, pero que con gran dificultad se abre paso en el imaginario social postmoderno. La obra de Ivan Illich es una pieza importante en esta batalla que apenas se inicia. El continuo ensanchamiento que experimenta el imaginario postmoderno juega a favor de quienes buscan explorar los intersticios de un discurso complicado de penetrar. De tal forma, las tesis de Illich, a modo de semillas, caen hoy en un terreno más fértil que el que existía hace veinte o treinta años.



Una crítica icónica

Mencionar el nombre de Illich significa, todavía hoy, vincularlo con las teorías de la desescolarización. Es cierto que su libro *La sociedad desescolarizada*, publicado en 1971, alcanzó en los años setenta un impacto notable entre quienes pensaban críticamente las instituciones educativas y entre aquellos que desde dentro de las instituciones educativas analizaban críticamente la inercia irracional que dirigía su día a día. Este trabajo se convirtió en un icono que consiguió poner en entredicho el relato triunfal de escuelas, centros de formación y universidades en el mundo industrial (Igelmo Zaldivar, 2016).

Menos conocidos son los trabajos que Illich publicó en los años ochenta y noventa. Aunque en este tiempo no dedicó un libro en exclusiva al problema de la educación, en sus indagaciones ofreció un conjunto de herramientas teóricas que permitían afrontar un desafío de mayor envergadura que aquel que él mismo ya había afrontado como representante de las teorías de la desescolarización: la crítica al discurso educativo moderno. En este momento de su biografía intelectual, Illich fue buscando en el pasado acontecimientos históricos que supusieran umbrales en el proceso de construcción del discurso educativo. En libros como *ABC: Alphabetization of the Popular Mind*, escrito junto con Barry Sanders, analizaron el tránsito de la cultura oral a la cultura del alfabeto. Por su parte, en *El viñedo del texto* planteó un análisis de la cultura libresca sobre la cual se asienta la aparición de las primeras instituciones universitarias en Europa. En otro de sus libros, *El Trabajo fantasma*, ubicó en la gramática de Antonio Nebrija de finales del siglo XV el primer intento por domesticar las lenguas vernáculas al servicio del estado moderno. Lo que Illich reivindicó con estos trabajos es que una de las tareas fundamentales para quienes exploran la historia de la educación no está tanto en rastrear la vida de los grandes pedagogos, las más memorables instituciones educativas, los movimientos de renovación pedagógica o las luchas por una educación popular, sino en la aproximación minuciosa a la construcción histórica del discurso educativo moderno y su correspondencia con el imaginario social propio de la modernidad.

La evolución de un concepto

Abarcar en un pequeño texto la obra de Illich es imposible. No obstante, algo que sí creo posible es ubicar algunas de sus ideas en relación con la noción de aprendizaje. En este aspecto, su evolución fue también notable. Pasó de apostar por una noción de aprendizaje romántica, en los años sesenta y setenta, a indagar en el libre aprendizaje desde una perspectiva histórica y casi teológica, que le llevó a la teorización de la alteridad cristiana, a partir de la parábola del buen samaritano,

y a ahondar en las posibilidades de un aprendizaje más allá de la perversa institucionalización. Merece la pena seguir a Illich en este viaje intelectual y conocer el tránsito que fue dibujando su pensamiento.

Tanto en sus primeros panfletos críticos, publicados en los años sesenta, como en *La sociedad desescolarizada*, no dudó en presentar un concepto de aprendizaje muy cercano a lo que podrían denominarse planteamientos románticos. No cejó en el empeño de reivindicar que las personas adquirirían la mayor parte de sus conocimientos fuera de la escuela, y que, aun cuando este conocimiento se daba dentro del espacio escolar, era solo en la medida en que, en unos cuantos países ricos, la escuela se había convertido en el lugar de confinamiento por excelencia de las personas durante una parte cada vez mayor de su existencia. En consecuencia, para Illich el aprendizaje sobrevinía de forma casual. Bastaba con observar, desde su perspectiva, que incluso el aprendizaje más intelectual no era resultado de una instrucción programada (1970, p. 202).

Desde este radical posicionamiento, el aprendizaje era la actividad humana que menos manipulación de terceros necesitaba. A pesar de que las instituciones escolares insistían en identificar el desarrollo cognitivo de las personas con una programación y una manipulación complicadas, Illich llegó a señalar que la mayoría de la gente aprendía mejor "metiendo la cuchara" (1970, p. 226). De tal forma que la acción de aprender era el resultado de una participación que no era estorbada por elementos ajenos al propio acto dentro de un entorno significativo.



Circunstancias aleatorias

Los procesos de aprendizaje de una lengua extranjera eran un campo en el que Illich había estado trabajando en los años cincuenta y sesenta en Nueva York, Puerto Rico y Cuernavaca, y que por lo tanto conocía bien. No debe extrañar que aplicara sus conocimientos en esta materia para desarrollar la noción de informalidad en el advenimiento del aprendizaje. Así, los niños normales aprendían el lenguaje de manera informal, aunque con mayor rapidez si sus padres les prestaban atención. Respecto al aprendizaje de una segunda lengua, consideró que las personas que aprendían bien un segundo idioma lo hacían como consecuencia de circunstancias aleatorias y no de una enseñanza ordenada y programada: viajaban, se enamoraban de una persona extranjera o se marchaban a vivir con sus abuelos. El mismo esquema de la lógica del aprendizaje informal era aplicable a la lectura, puesto que la mayoría de las personas que leían profusamente y con placer, después de un análisis detallado de su experiencia, observaban que su aprendizaje apenas guardaba relación con la instrucción programada de la escuela (1970, p. 202).

Illich llegó a considerar que las personas aprendían la mayor parte de lo que sabían fuera de la escuela. Así, los alumnos hacían la mayoría de sus aprendizajes alejados del recinto escolar, distanciados de sus maestros. Fuera de la escuela era donde se aprendía a blasfemar o trabajar sin la interferencia de un profesor. Ni siquiera los niños y niñas que estaban día y noche bajo la tutela de un maestro o maestra constituían excepciones a la regla. Lo que Illich intentaba recalcar era que los estudiantes aprendían aquello que sus maestros pretendían enseñarles en el trato con sus iguales, en las tiras cómicas de las revistas, en la observación al pasear e incluso en el hecho de participar en el ritual escolar.

Un cambio de dirección

No obstante, como ya he mencionado, el pensamiento de Illich experimentó un giro notable en los años ochenta y noventa. El cierre del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) de Cuernavaca en 1976, un centro de pensamiento alternativo que se había convertido en un espacio de referencia para el pensamiento radical en educación y que fue liderado por el propio Illich entre 1963 y 1976, fue un acontecimiento clave en este giro. A partir de entonces su interés no estaría centrado en elaborar alternativas a los modelos institucionales existentes, de forma que su crítica quedaría articulada más allá de un objetivo concreto de cambio o transformación social. Es más, estos acercamientos a la noción de aprendizaje deben ser analizados, como veremos, en un contexto de búsqueda de la libertad desde una perspectiva teológica cuya referencia de primer orden es la parábola del buen samaritano.

En este tiempo, además, la obra de Illich estuvo muy influenciada por los estudios de Karl Polanyi, quien, en el campo de la economía, observó la existencia de una importante tradición crítica que analizaba los postulados formulados por economistas de diferentes tendencias como construcciones históricas. Las nociones antropológicas que Polanyi aplicó a la economía constituían para Illich un novedoso acercamiento a las certezas que vertebraban el imaginario social del ser humano moderno. Las conclusiones de este autor sobre la independencia alcanzada por la economía respecto a las instituciones sociales, independencia que con el paso del tiempo se había transformado en dominio, podían equipararse a la forma en que las instituciones educativas moldeaban la visión que tiene la modernidad del aprendizaje. Illich rectificó entonces el punto de partida de *La sociedad desescolarizada* al definir en los años ochenta la educación como aprendizaje "bajo la aceptación de la escasez". El aprendizaje, por tanto, quedaba ligado a la certeza de que los medios para la adquisición de algo llamado "conocimiento" son escasos.

En la parábola del buen samaritano, Illich encontró un argumento central para la crítica del discurso educativo y la teorización de la noción de aprendizaje propia de la modernidad. Según él, este pasaje bíblico ilustra cómo las relaciones humanas han cambiado desde que el mensaje de Dios fue revelado. Así, mientras que la pregunta inicial del Evangelio de San Lucas es "¿quién es mi prójimo?", el pensamiento moderno ha interpretado que la cuestión esencial es qué es lo que hay que hacer para con

el prójimo, cuál es nuestro deber hacia él. Illich observó que esta era precisamente una pregunta contraria a la que fue formulada en el Evangelio y que ocultaba el potencial que la historia contada por Jesús tenía para la humanidad. En la tergiversación de esta pregunta, según Illich, se encontraba un proceso de institucionalización de las relaciones humanas que mitigaba el potencial de elegir libremente con quién cada individuo quiere relacionarse más allá del ámbito social al que cada ser humano pertenece por nacimiento.

La perversión de la parábola

Illich llegó a considerar que las instituciones educativas y el discurso educativo que las justificaba ejemplificaban la perversión de la parábola del buen samaritano. El filósofo canadiense Charles Taylor ha retomado esta idea de Illich en relación con la parábola mencionada para su estudio del proceso histórico de "gran desarraigo" que da paso a otro tipo de solidaridad más allá de las fronteras sociales establecidas y que sienta la base del mundo moderno. Visto desde esta perspectiva, en el concepto de aprendizaje que Illich defendió en los años ochenta y noventa estaba implícita una crítica a la modernidad en la que el objetivo era "salvar" el mensaje y la gracia de Dios que había sido pervertido por la modernidad.

Analizando en perspectiva el conjunto de su obra, bien se puede decir que Illich empezó la casa por el tejado. Es sabido que en algunos textos que publicó en los años ochenta puso de manifiesto la torpeza con la que en libros como *La sociedad desescolarizada* abordó la compleja problemática de la educación. Posiblemente para Illich resultó frustrante observar lo mal que envejecían algunas de sus tesis desescolarizadoras, al tiempo que exploraba nuevos frentes de crítica. Lo bueno, para los lectores de su obra en el siglo XXI, es que dejó abiertos un número importante de caminos teóricos por los que avanzar en la práctica pedagógica más allá de las instituciones educativas.

Para saber más

Igelmo Zaldivar, Jon (2016). *Desescolarizar la vida. Ivan Illich y la crítica de las instituciones educativas*. Madrid: Enclave de Libros.

Illich, Ivan (2006). "La sociedad desescolarizada", en Ivan Illich. *Ivan Illich. Obras reunidas I*. México: Fondo de Cultura Económica.